

de Munich, Cela ha encontrado la fórmula justa para vincular los múltiples pequeños sucesos de la vida cotidiana que conformaron la realidad del Madrid de la preguerra. El autor de «La colmena» (su gran obra) desarrolla con agilidad y brío, con seguridad de veterano narrador, con ejemplar fluidez, el difícil plan unificador propuesto. Pocas veces su estilo ha llegado a una más elevada brillantez, sorteando con eficacia los riesgos de caída en el costumbrismo vulgar. Su expresionismo, entre tierno y desgarrado, corrige todo posible deslizamiento hacia la descripción banal.

Creemos que «San Camilo, 1936», novela ambiciosa, no se plantea, sin embargo, el propósito de abarcar literariamente una visión totalizadora del Madrid de aquellos días: Cela gradúa el ángulo de mira y selecciona una clase concreta, la que sin duda mejor conoce, la pequeña burguesía. Empleados y tenderos, profesionales y estudiantes, mujeres de vida airada, cocineras, criadas, toda la ancha gama de la clase media en decadencia y del «lumpen» que se origina en su subsuelo, tienen su representación, entre patética e irónica, en este retablo abigarrado y variopinto, vuelto de espaldas a la catástrofe que se avecina. Ni la alta burguesía ni la clase obrera —las clases más conscientes entonces— encuentran aquí su réplica. Cela ha elegido una zona social atrapada en la quiebra histórica, que se mueve sin sentido, presa de una ceguera incurable, que ha perdido su papel protagonista, si alguna vez lo tuvo, en un largo drama cuyo «climax» está a punto de producirse. Este universo empobrecido, de tan escasa altura, es el objeto de toda la obra celiiana, que en «San Camilo, 1936» halla su más acabada expresión. No sé si Cela ha querido presentar como un problema específicamente español lo que es un problema social general, por muchas notas peculiares que lo perfilen. Si ésta ha sido su intención, la propia realidad lo ha traicionado, apareciendo tal como es.

Novela en la guerra, puede ser. Pero, sobre todo, la novela de una clase, contada en lenguaje coloquial, en el propio idioma de esa clase. Esti-

listicamente comporta una operación de gran envergadura contra los tabús que aprisionan a ciertas palabras, contra la intocabilidad literaria de ciertas expresiones que circulan libremente por la calle, para las cuales el libro ha sido como una ciudad prohibida. Cela les otorga salvoconducto académico y las dignifica. Muchas mentalidades beatas se escandalizarán. Pequeño precio para una tan necesaria recuperación. ■

EDUARDO G. RICO.

Un inventario de las desgracias nacionales



EL HOMBRE.—Baroja lo hizo personaje novelesco en «El árbol de la Ciencia». Y a la sombra de este árbol, mirando con amargura el triste panorama de la España finisecular, vivió don Lucas Mallada (1841-1921). Aragonés de Huesca, como Costa; ingeniero de Minas, creador de la Paleontología hispánica, analista de la geología ibérica, profesor... Mallada es, además, como un padre espiritual de la generación del 98, con «Los males de la Patria y la futura revolución española» (1890), reeditada ahora, en una cuidada selección de Flores Arroyuelo, por Alianza Editorial.

LA OBRA.—«Los males de la Patria» fue, según juicio de Azorín, un «libro fantas-

ma». Poco conocido entonces, sus ideas pesaron, sin embargo, sobre los escritores noventayochistas, a quienes llegaron a través de Baroja (su padre era colega y amigo de Mallada).

Mallada pasa revista a la pobreza de nuestro suelo, pero esto por sí solo no justifica la penuria que encuentra. Están también los defectos del carácter nacional, centrados en cuatro principales: fantasía («La patria de Don Quijote es un país de soñadores»), pereza («Es nuestra pereza tan inmensa como el mar»), falta de patriotismo («La falta de patriotismo se ve por todas partes y en todas las clases sociales») e ignorancia («Bochornoso es que llegue al setenta y cinco por ciento el número de los españoles que no saben leer ni escribir»). Las causas del malestar de la agricultura son, fundamentalmente, treinta y tres, que comienzan con la «excesiva contribución territorial», siguen, entre otras, por el «servicio ferroviario», el «militarismo» o el «caciquismo», y rematan, nada menos, que con las «inclemencias del cielo»; no quedan atrás el problema de los intermediarios, la división de la propiedad o la fiebre arborícola. Otros males: atraso de la industria y del comercio, inmoralidad pública («uno de los países donde mayor inmoralidad pública se observa», «España es un presidio suelto») y nuestros partidos políticos («Desde que oyeron decir que un país gobernado por sabios sería una nación desdichada, los políticos españoles se decidieron a cerrar los libros»).

EL PORVENIR (en 1890).—Después de recitar la letanía de nuestras desgracias, Mallada concluye profetizando sobre el porvenir: «Nada temen los monárquicos por ahora. No serán los republicanos de hoy los que nos podrían traer la República (...). El porvenir, sin embargo, corresponde a la democracia (...). Durante este período de transición entre el antiguo y el nuevo régimen, y rodeada de males nuestra Patria, seguirán las divisiones (...). Pero, ¡la Patria es inmortal! (...). Cuando nos reemplace la generación que nos sigue (...). Si para entonces los partidos monárquicos se hallan mejor organizados que ahora, esa juventud aclamará entusiasta la mayor edad de don Alfonso XIII (...). Pero si los males de la Patria continúan (...), volverá los ojos a la República (...), resonará la voz de algún caudillo...».

EL PESIMISMO.—Considerado como uno de los miembros de la llamada «generación sociológica del 98» (Costa, Isern, Morote, Cejador, Pica-vea), Mallada, con un pesimismo desesperado, carga buena parte de los males del país en los «defectos innatos de la raza». Este enfoque erróneo estaba en el ambiente. El conde de Gobineau había publicado su famoso «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas» en 1853, y cercanos estaban también los estudios de Gumplowicz y Chamberlain. Cánovas, máximo arquitecto de la Restauración, era un pesimista radical y racial: «Son españoles... los que no pueden ser otra cosa». Costa dirá de España: «Ya no tiene rango de nación; ni de tercera ni de segunda. No cuenta». El panorama era, en efecto, sombrío: un juego político, turnante y tunante, apuntado en los rodrigones del

caquismo y en vísperas de la liquidación del Desastre. La reacción ante la farsa liberal fue el antiparlamentarismo y las convocatorias a un régimen personal y casi prefascista. Costa, partidario de métodos expeditivos, pide «un cirujano de hierro» y una revolución... desde arriba. Se agudiza el nacionalismo, y Pica-vea incide en la tradicional anglofobia del ultrismo español, hablando de la «pérfida Albión». Mallada, evangelista del regeneracionismo, casi profetiza un caudillo...

Si Mallada erró al señalar la etiología y la terapéutica de muchos males, fue, en cambio, un exacto notario del caos latente y semioculto por los algodonos del canovismo. «Los males de la Patria» significaron un representativo corte de las fallas del país, una ejemplar voluntad de crítica. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

LOS SOÑADORES EXPERTOS



Ciencia ficción

Con el título de «Los soñadores expertos», Novelas y Cuentos edita una selección de cuentos de ciencia ficción escritos por científicos. Esta circunstancia no garantizará forzosamente la calidad de los relatos, ya que, salvo la excepción de Isaac Asimov —catedrático de la Universidad de Boston—, los grandes escritores del género no poseen sino unos conocimientos científicos muy limitados. El interés de esta antología, y lo que garantiza su calidad, es que la selección de científicos-escritores ha estado a cargo de Frederik Pohl, uno de los clásicos indiscutibles de esta tendencia literaria. Diez relatos muy distintos, más poéticos e imaginativos que estrictamente técnicos, pese a la deducción diaria de sus autores; entre todos, un soberbio relato irónico, inquietante, en la mejor tradición de la buena ciencia ficción, aquella que examina nuestro entorno inmediato hablándonos del futuro: «La fundación Mark Gable».

«Los soñadores expertos (selección de Frederik Pohl). Novelas y Cuentos.

Ateos y creyentes

Una docena de cristianos y ateos se definen sobre Dios sin enfrentarse unos con otros. Entre ellos figuran el filósofo checo Machovec, el profesor italiano Lombardo-Radicci, ambos marxistas; así como el dominico padre Decheane, el famoso profesor protestante Bultmann (inventor de la desmitologización) y el teólogo americano Hamilton (uno de los principales defensores de la teología de la «muerte de Dios»).

El libro, demasiado breve, pues sus autores dejan muchas sugerencias sin desarrollar, es útil, sin embargo, porque oímos hablar a ateos de verdad y a creyentes que revisan con autenticidad su creencia.

Un gran paso lo da el padre Decheane analizando lo que pueda haber de verdad en la escandalosa idea del «ateísmo del creyente», buscando en el análisis de esta idea un punto de arranque común entre el ateo sincero y profano y el cristiano auténtico.

Jesús y otros: «Ateneo», Ed. Taurus, Madrid, 237 páginas.